

Metrodia

por Monstruo Literario

Fue al final de un largo día, de esos que parecen tener más de treinta, cuarenta horas. Era de noche y estaba en el Centro. Durante el resto de la jornada había caminado tanto que me dolía todo el cuerpo, aunque más punzantemente desde la planta de los pies hasta las piernas. Era un dolor como de enredadera, un dolor que me exigía sentarme. Por suerte ya había terminado mi fatigado deambular, de modo que caminé rumbo a la primera estación del metro para regresar a casa. Sabía que por ser la primera estación encontraría asientos disponibles y podría realizar el recorrido sentado. Y dormido. Mis siestas favoritas son las de los trayectos cortos; el vaivén del metro genera un arrullo reparador, un conjuro de descanso. Las cuerdas adicionales que arrastré mis pies para subirme en la primera estación valieron la pena: encontré, qué alivio, suficientes lugares disponibles; elegí el más cómodo y casi al instante me sumergí en el delicioso sueño del que viaja cansado...

Pero el gusto sólo duró hasta la siguiente estación, allí irrumpió una avalancha de gente por cada una de las puertas del metro. Eran hombros que se chocaban entre sí formando un monstruo que quería reventar el metro desde dentro y, atrapada por el monstruo, vi a una señora. Por qué tenía que ver a esa señora esa noche que estaba tan cansado, por qué tenía que llevar la dichosa señora sus mil bolsas de la compra, su bolso y, para colmo, sufrir esa dificultad, ciática quizás, para caminar. La verdad, no quería cederle el asiento a nadie, las excusas sobaban. Nos miramos. Su mirada no era suplicante ni delatora ni nada. Sólo era una mirada que se cruzaba con la mía. Titubeé, me levanté y, todavía con un poco de recelo, le ofrecí mi lugar, al cabo, pensé, lo necesita más que yo que sólo traigo mi mochila.

Creo que se me desgarraron un poco los músculos de las piernas cuando la señora aceptó el asiento. Ella, tan mona, se sentó sin preámbulos, acomodó sus pertenencias con mucho alboroto y cuando terminó se le dibujó un semblante de alivio. Mientras tanto yo me hacía consciente del peso de mi mochila, pero ya era muy tarde para el arrepentimiento. Con la esperanza de distraer la fatiga, alcé la vista para perderla entre la muchedumbre o en la obscuridad de las ventanas cuando la señora me tiró de la camisa y se ofreció a llevarme la mochila. Para qué, pensé, no hacía falta ni que me llevara la mochila ni que se ofreciera a hacerlo. Le dije justo eso, que no, que no hacía falta. Ella me respondió que a

veces son los gestos que menos hacen falta los que le alegran el día a uno, como ceder asientos. Entonces le extendí mi mochila y un Gracias y noté que se nos dibujaba una sonrisa en el semblante.